

**Mary Ann Clark Bremer**  
**EL LIBRERO DE PARÍS**  
**Y LA PRINCESA RUSA**

TRADUCCIÓN DE HUGO BACHELLI

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2014  
TÍTULO ORIGINAL: *Notebooks II. People, Scenes I*

© Herederos de Mary Ann Clark Bremer, 2014  
© de la traducción, Hugo Bachelli, 2014  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2014  
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001  
info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

BIC: FA  
ISBN: 978-84-92865-90-1  
DEPÓSITO LEGAL: CC-78-2014  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

PRIMERA PARTE

*Estaba más preocupada de su estado interior  
que de los objetos que lo causaban.*

JEAN-FRANÇOIS DE BASTIDE



París, 196..., calle Nicolas Flamel. ¿Cuántos meses viví allí? ¿Cuántas veces caminé hasta el cercano Sena, cruzando la Rue de Rivoli? ¿En cuántas ocasiones, después de visitar a la Señora S., pariente lejana de Saul, el viaje de ida en un taxi, tomé de vuelta el autobús 96 y me bajé en la Rue de Turenne para caminar un poco, no demasiado, pues me cansaban aquellas largas conversaciones sobre muertos y ausencias, hasta llegar a «casa»?

—*Bonne soirée, madame* —se despedía el conductor del pequeño autobús, casi siempre el mismo: un hombrecillo del sur, quizá corso, por su acento y amabilidad, algo achaparrado, hundido en su asiento; pero *integrado* en él, es decir, parte ya de él como una estatua y su peana. A su lado, en el mismísimo suelo del autobús ¿verde? un gran bolso de cuero desgastado y siempre abierto: un termo, una pequeña cazuela de latón tapada, una bo-

tella de vino, una o dos revistas arrugadas que parecían de boxeo u otros deportes (de hecho, en alguna ocasión, el hombrecillo contó a otro de los viajeros habituales que había sido boxeador en su juventud, mucho antes de la última guerra) y, finalmente, lo que parecía una armónica. Aunque una vez, pues siempre me fijaba en ello al bajar y despedirme con poco más que un gesto, para no iniciar una larga conversación sobre el tiempo o la ausencia de alguno de los que seguían aquel mismo trayecto, cambió la armónica por una flauta. Una flauta, por lo que pude observar, aunque sólo sobresalía del bolso una mitad, muy rústica, como tallada a mano por el propio conductor. Y al bajar, y pasear hasta casa, comencé a pensar en sus días de asueto, en su familia, en su pequeña felicidad, o grande: pues había sobrevivido a la guerra, donde había luchado, como también nos contó alguna vez, y en cómo serían sus hijos, si es que los tenía.

Hijos. Había pensado en ellos, en los que yo nunca tendría ya, muchas veces durante los dos últimos años. Y al fin, salvo aquel día, tras visitar a la Señora S. y discutir con ella por su opinión acerca de algunos de mis amigos franceses, demasiado bohemios, «demasiado» escritores para ella, no había vuelto a pensar en hijos. Si acaso en los hijos de las novelas rusas que leía por aquel entonces, tan tristes y tan verdaderas como hermosas, llenas de vida;

es más: hechas con jirones de vidas que podíamos palpar casi, que reconocíamos, de hombres y mujeres, sobre todo mujeres: yo quería comprender a mis semejantes, sus miedos, sus penas, sus muertes también, como si la muy joven viuda que era yo ya se preparara para el encuentro con, o necesitara, mejor dicho, una verdadera mujer rusa, con la Princesa, que fue mi amiga algún tiempo, pero que, al poco, demasiado «al poco», desapareció sin dejar rastro alguno, ni una nota de despedida, y menos, como insinuó más de uno, de suicidio.